

Teatro

«Los sueños en el teatro empiezan y acaban cada día»

Miguel del Arco no para. Ha estrenado su montaje de «La noche de las tribadas» en el Teatro Pavón Kamikaze; su primer filme, «Las furias», y dirigirá una obra propia, «Refugio»

JUAN I. GARCÍA GARZÓN

Interior del Pavón Teatro Kamikaze. Una sala con una mesa larga y unas sillas. Desde las paredes observan con insistencia mordaz unos personajes congelados en una rara atmósfera cotidiana; resultan inquietantes, la verdad. Al parecer, ya estaban aquí antes de que la Compañía Nacional de Teatro Clásico, anterior inquilina del edificio, se instalara en él mientras era rehabilitada su sede del Teatro de la Comedia. Nos miran fijamente sin pestañear (menos mal) mientras se desarrolla esta entrevista. Delgado, nervioso, activo, locuacísimo, Miguel del Arco (Madrid, 1965) habla de sueños y proyectos, de realidades levantadas con mucho esfuerzo, y de felicidad. «Mira que se empeña usted en hacernos trabajar -bromeo-. Arrancó la temporada poniendo en marcha con otros tres socios -Aitor Tejada, Israel Elejalde y Jordi Buxó- este teatro, hace poco ha estrenado una película, *Las furias*, y ahora pre-

senta un montaje de *La noche de las tribadas*, de Per Olov Enquist.

Precisamente terminé este texto embargado aún por la conmoción y el aturdimiento que me ha suscitado esa función, a cuyo estreno he asistido hace unas horas. El argumento reúne sobre el escenario a August Strindberg (Jesús Noguero), su esposa Siri (Manuela Paso), la amante de esta, María (Miriam Montilla) y un actor y director (Daniel Pérez Prada), mientras intentan ensayar *La más fuerte*, obra del primero.

¿Qué le ha llevado a escoger esta obra de un autor sueco sobre otro autor sueco, August Strindberg?

Nunca había visto un montaje de esta pieza, aunque sé que ha habido varios en España; según creo, es la función sueca más representada en el mundo. Fue Isra [Elejalde] quien la sugirió en nuestra búsqueda de funciones de no más de cuatro personajes, algo muy a tener en cuenta para que no se

nos disparen los presupuestos. La había leído hace tiempo, pero no con intención de montarla, la repasé y me noqueé, es una magnífica pieza teatral y cuanto más me iba sumergiendo en ella, más me lo parecía. Durante el proceso de investigación para la puesta en escena me zambullí también en la obra narrativa de Strindberg, del que conocía bien su teatro. Disfruté con títulos como *Alegato de un loco*, *Casarse*, *El salón rojo...* Ha sido una experiencia muy poderosa. No me extraña que Ingmar Bergman comentara que había vivido siempre con los libros de Strindberg, que los adoró, los odió y los estrelló contra la pared, pero nunca pudo deshacerse de él.

Es que es un personaje que puede resultar antipático, pero es a la vez subyugante.

Desde luego. De entrada, para mí era absolutamente necesario encontrar la empatía con él, a lo que no ayudaba la supuesta misoginia que se suele asociar a su persona, pero ta-



Strindberg, misógino
«Tacharlo de tal me parece reduccionista. Creo que era un tipo con una mirada revolucionaria»

charlo de misógino me parece reduccionista y denota no conocer su obra. Yo creo que era un enorme progresista, utópico, un tipo con una mirada revolucionaria. Se casó tres veces y siempre con mujeres libres. Además, un personaje como la señorita Julia no lo puede escribir un misógino. Yo creo

Strindberg, en el filo de la navaja

Jordi Guinart nos ofrece una sagaz biografía -la primera en español- del atormentado, controvertido y fascinante escritor sueco

CARMEN R. SANTOS

No es extraño que al novelista, ensayista y dramaturgo sueco Per Olov Enquist (1934) le sedujera la figura de su compatriota August Strindberg (Estocolmo, 1849-1912) y decidiese convertirlo en protagonista de *La noche de las tribadas* (traduc-

ción española en Nórdica). Esta pieza, escrita por Enquist convulsamente en 1975, en poco más de diez días, y de la que nos habla en sus memorias *Otra vida* (Destino) -cuenta jugosas anécdotas como el estreno de la obra en Broadway en 1977-, le alzó como el actor teatral sueco del siglo

XX más representado. En España, la subieron a las tablas, entre otros, Fabià Puigserver en 1979 en el Teatre Lluïre, donde se recuperó dos décadas después bajo la batuta de Lluís Pasqual, y José Carlos Plaza el pasado año en la madrileña Nave 73.

Amado y odiado

Ahora lo hace Miguel del Arco en un potente montaje. Que mejor momento, pues, para sumergirnos en la biografía strindbergiana -la primera en español-, que nos propone Jordi Guinart en su *Strindberg. Desde el Infierno*, recién publicada por Funambulista (395 páginas, 21,90 euros). Guinart,

apasionado de Strindberg, ha escrito un magnífico acercamiento a su biografiado, donde podemos comprender mejor las célebres palabras de Ingmar Bergman, que llevó varias de sus obras a escena en numerosas ocasiones: «Me ha acompañado toda la vida: lo he amado, lo he odiado y he lanzado sus libros contra la pared. Lo único que no he podido hacer nunca es deshacerme de él». Porque Strindberg, polémico, contradictorio, incómoda y fascina a partes iguales. Por ejemplo, puede irritar su constante sobreactuación para crear un personaje de sí mismo, que, más allá de sus trastornos psíquicos

-se habla de psicosis, paranoia y esquizofrenia-, tenía mucho de chantaje emocional hacia los otros. Pero indudablemente fascina un carácter y una vida que se paseó siempre por el filo de la navaja y nos invita a un viaje para audaces que no tengan miedo a descender a los abismos del alma.

Por eso, con toda razón, subraya Guinart que «leer a Strindberg supone una experiencia intensísima» por «su escritura afilada y provocadora, su lenguaje exacerbado, de un ritmo frenético desconocido en la literatura sueca de su tiempo; su personalidad hiperbólica y poliédrica; su arrojo para atravesar con todo y



Miguel del Arco, en la terraza del Pavón Teatro Kamikaze, donde acaba de estrenar una pieza sobre Strindberg



Divertida
«He intentado encontrar el sentido del humor. No pienso que la obra sea tan oscura»

no son dignas de recibir su semen. Es extraordinario. Su montaje es muy intenso, pero con momentos cómicos. He intentado encontrar el sentido del humor, porque siempre que he preguntado a gente que había visto representada la función me decía que era muy oscura, pero yo la encuentro muy divertida. Cómo no va ser divertida si, por ejemplo, hay toda una parte en la que Strindberg da una fórmula sobre cómo se tiene que medir correctamente un pene. Es un pasaje de una vulgaridad brutal, pero hilarante y muy bien escrito. Tiene otras cosas totalmente tristes, y ese vaivén de la empatía con el personaje a los deseos de estrellarlo contra la pared, me fascina. Hay que oír también sus opiniones sobre el problema femenino, como él lo llamaba, perfectamente ordenadas y argumentadas. *La noche de las tribadas* contiene una reflexión sobre el empoderamiento de la mujer a finales del siglo XIX que sigue resonando hoy, como sigue resonando la declaración de los derechos de la mujer que hacía Strindberg en el prólogo de *Casarse*, unos derechos que no se han logrado aún. Me interesa esa voz del XIX que sigue resonando en el XXI; esa es una mirada contemporánea. **Hablemos de su experiencia**

que tuvo esos ramalazos porque le fue muy mal en el amor. Quizás es que necesitaba tanto a las mujeres que pudo llegar a odiar esa dependencia. Enquist indaga profundamente en ese aspecto que Strindberg abordó en *Alegato de un loco*. En la obra de este hay una extraña mezcla de fic-

ción y realidad, realmente no se sabe si Strindberg escribía sobre su vida o tomaba algunos hechos reales, los pasaba por el tamiz de la ficción y luego empujaba su vida en esa dirección para que se pareciera a su literatura. «Me debatí entre el suicidio y la inmortalidad», escribe en una carta a un

amigo. Frase fascinante, pero lo más fascinante de todo es que la escribió después de que Siri le cortara el grifo del sexo. Hace toda una explicación en la que habla de sus acuciantes deseos sexuales, de que la masturbación es insuficiente y no quiere satisfacerse con ninguna criada porque considera que

cuestionarlo todo; su perpetua búsqueda de nuevas ideas guiadas por una intuición genial».

Todo en la existencia del autor de *La señorita Julia* es conflictivo desde su nacimiento, fruto del matrimonio entre el comerciante Carl Oscar Strindberg, hombre autoritario con quien tuvo permanentes encononrazos, y la piadosa Ulrika Eleanora Norling, que había trabajado en el servicio doméstico, algo que le marcaría enormemente. No es casual que titulara *El hijo de la sierva*, su novela autobiográfica. Su carrera profesional -no descubrió su vocación de escritor de buenas a prime-

ras, y fue bibliotecario, profesor, pintor, alquimista y fotógrafo- tampoco estuvo alejada de disputas y enfrentamientos y las críticas le afectaban profundamente.

Fracasos de pareja

Y en su cotidianidad vivió la mayor parte del tiempo acosado por las deudas, incluso por la miseria, pues cuando tenía dinero en no pocas ocasiones actuaba como un consumado manirroto.

Las relaciones con las mujeres fueron especialmente tormentosas. Se casó tres veces, con Siri von Essen -su matrimonio con esta se aborda en *La noche de las tribadas*-, con



August Strindberg

Frida Uhl y con Harriet Bosse. En los tres casos el resultado fue un desastre absoluto -sobre todo su divorcio de Siri fue muy borrascoso- y han corrido ríos de tinta sobre su supuesta misoginia.

Guinart estudia y analiza la vida y el temperamento de Strindberg de manera sagaz y pertinente, ya que su admiración no le impide, sino todo lo contrario, indagar, contrastando documentos y fuentes, soportar cuánto había de verdad y de ese deseo de construir un personaje a través de su propia producción, sobre todo en títulos como *El hijo de la sierva*, *Alegato de un loco*, *Fermentación* e *Inferno*.